

pues á doña Ana llevais,  
¿á qué hora se concierta  
la partida?

Duque. Á media noche.

D. Mend. Una cosa habeis de hacer,  
que me obligo á agradecer.

Duque. Decidla.

D. Mend. Apartar el coche  
en que fuere vuestro dueño,  
del camino un trecho largo,  
haciendo del yerro cargo  
á la oscuridad ó al sueño.

Duque. ¿Para qué fin?

D. Mend. Solamente  
hablarla pretendo, amigos,  
con espacio y sin testigos.

Duque. ¿Cosa que algun hecho intente  
que nos cueste?.....

D. Mend. No os dé pena,  
cuando yo os amparo, el miedo.  
La obligacion en que os quedo  
publique aquesta cadena,  
que podeis los dos partir.

Duque. No, señor.

D. Mend. Esto ha de ser.  
(Dale una cadena y tómalala el Duque.)

Duque. Una cosa habeis de hacer,  
si os habemos de servir.

D. Mend. Hablad pues.

Duque. Que á la ocasion  
no vais mas de dos amigos;  
porque cuantos son testigos,  
tantos enemigos son.

D. Mend. Solos iremos los dos:  
desto la palabra os doy.

Duque. Con eso á serviros voy.

D. Mend. Y yo á seguiros.

Duque. Adios,  
que es hora ya de partir.

D. Juan. (Ap. al Duque.) ¿Dónde con tu in-

Duque. Presto, don Juan, lo verás. (tento vas?  
(Vase, y síguete don Juan.)

#### ESCENA XI.

DON MENDO Y LEONARDO.

D. Mend. Manda luego apercibir,  
Leonardo, los dos rocines  
de campo, para alcanzar  
esta fiera. Hoy he de dar  
á esta caza dulces fines.

Leonardo. No lo dudes, pues está  
tan de tu parte el cochero.

D. Mend. Como eso puede el dinero.

Leonardo. Contra su dueño será  
si de su favor te ayudas.

D. Mend. El primer cochero agora  
no será que á su señora  
haya servido de Judas. (Vanse.)

Campo inmediato al camino real de Alcalá á Madrid, á  
un cuarto de legua de aquella ciudad.

#### ESCENA XII.

ARRIEROS Y UNA MUJER; despues DON MENDO  
Y DOÑA ANA, todos dentro.\*

Un Arr. [Dentro, cantando.] Venta de Vive-  
¡Dichoso sitio, (ros,

si el ventero es cristiano,  
y es moro el vino!  
¡Sitio dichoso,  
si el ventero es cristiano,  
y el vino es moro!

Arr. 2º Con mi albarda y mi burro  
no envidio nada;  
que son coches de pobres  
burros y albardas.

Una muj. Tan gustosa vengo  
de ver los toros  
que nunca se me quitan  
de entre los ojos.

Arr. 3º Unos ojos que adoro.  
llevo á las ancas:  
¿quién ha visto los ojos  
á las espaldas?

Arr. 4º ¿Gruñes, ó gritas ó cantas?

Arr. 3º Mis males espanto así.

Arr. 4º ¿Somos tus males aquí?  
porque tambien nos espantas.  
Calla y toma mi consejo,  
que no es la miel para tí.

Arr. 3º ¿Fuiste á ver los toros?

Arr. 4º Sí.

Arr. 3º Pues ¿no hay en tu casa espejos?

Arr. 2º ¡Ah del coche! ¿Dónde bueno?  
del camino se han salido.

Arr. 1º O el cochero se ha dormido,  
ó han de hacer noche al sereno.

Arr. 2º ¡Ah, Faeton de los cocheros,  
que te pierdes! Por acá.

\* Es decir, lejos; donde no se ve á los que hablan ó  
cantan.

Arr. 1º Por esos trigos se vá.

Arr. 2º Y tras él dos caballeros.

Arr. 1º De malas lenguas se quita  
quien va al desierto á morar.

Arr. 2º No van ellos á rezar;  
que por allí no hay ermita.

Arr. 1º Arre, mula de Mahoma:  
ella hace burla de mí.  
Dale, Francisco.

Arr. 2º Echa aquí.

Arr. 1º Arre: ¿qué diablo te toma?

D. Mend. [Dentro.] Pára, cochero.

Dª Ana. (Dentro.) ¿Quién es?

D. Mend. (Dentro.) Don Mendo soy.

Dª Ana. (Dentro.) ¡Anda!

D. Mend. ¡Pára!

#### ESCENA XIII.

DON MENDO, DOÑA ANA, DOÑA LUCRECIA Y  
LEONARDO.

Dª Ana. ¿Quién sino tú se mostrara  
conmigo tan descortés?

D. Mend. Mi exceso y atrevimiento  
disculpo con tu mudanza.

Dª Ana. Llámala justa venganza  
y cuerdo arrepentimiento.

D. Mend. ¿Quién lo causó?

Dª Ana. Tus traiciones.

D. Mend. ¡Ah falsa! ¿Engañarme piensas?  
¡Acreditas mis ofensas  
por abonar tus acciones!  
Pues no lograrás tu intento.

(Llega don Mendo á pelear con doña Ana, doña  
Lucrecia á ayudarla, y Leonardo á tener á  
doña Lucrecia.)

Dª Ana. ¿Qué es esto?

D. Mend. Justo castigo  
de tu mudanza.

Dª Ana. ¡Conmigo  
tan grosero atrevimiento!

Dª Luc. ¡Justicia de Dios!

Leonardo. Tenéos.

Dª Ana. ¡Hay excesos mas estraños!

D. Mend. Á pesar de tus engaños  
he de lograr mis deseos.

#### ESCENA XIV.

EL DUQUE Y DON JUAN, de cocheros, que sacan  
las espadas y dan sobre DON MENDO Y LEO-  
NARDO, que dejan luego á DOÑA ANA Y DOÑA  
LUCRECIA.

Duque. (Ap. á don Juan.) La venganza nos con-

Dª Ana. ¿Dónde están mis escuderos? (vida?

Vendido me han los cocheros.

Duque. Por vos, señora, la vida  
vuestros cocheros darán.

D. Mend. ¡Á don Mendo os atreveis,  
viles!

[Desenvainan las espadas don Mendo y Leonardo.]

Leonardo. Cocheros, ¿qué haceis?

¿que es don Mendo de Guzman!

Á vuestro coche os volved.

D. Mend. (Ap.) Furias del infierno son.

Dª Luc. ¿Qué pena!

Dª Ana. ¿Qué confusion!

(Retíranse don Mendo y Leonardo, y el Duque y  
don Juan van tras ellos.)

Cocheros, ¡tened, tened!

### ACTO TERCERO.

Sala en casa de doña Ana, en Madrid.—Está amanecien-  
do: la pieza tiene poca luz.

#### ESCENA PRIMERA.

DOÑA ANA Y CELIA; EL DUQUE Y DON JUAN,  
de cocheros: este último retirado detras del  
Duque.

Dª Ana. ¿No advertís lo que habeis hecho?  
¿Cómo tan despacio estais?

Duque. Por nosotros no temais:  
quietad el hermoso pecho,  
pues con probar la violencia  
que intentó aquel caballero,  
en nuestro favor espero  
que tendrémos la sentencia.  
Y por su reputacion  
le estará mas bien callar:

no penseis que ha de tratar  
de tomar satisfaccion  
por justicia un caballero.  
¿No veis lo mal que sonara  
que herido se confesara  
del brazo vil de un cochero  
un tan ilustre señor,  
dueño de tantos vasallos?  
Destos casos el callallos  
es el remedio mejor.

Dª Ana. Siéntome tan obligada  
de vuestro valor estraño,  
que el temor de vuestro daño  
toda me tiene turbada.



Duque. No temais  
 D<sup>a</sup> Ana. El pecho fiel  
 el daño está previniendo.  
 Duque. Quien pudo herir á don Mendo,  
 podrá defenderse d' él.  
 Celia. (A doña Ana al oído.) En hablar tan  
 tan valientes en obrar, (cortesanos,  
 mucho dan que sospechar  
 estos cocheros.  
 D<sup>a</sup> Ana. (A Celia al oído.) Las manos  
 les mira, que la verdad  
 nos dirán.  
 Celia. Es gran razon  
 pagalles la obligacion  
 que tienes á su lealtad,  
 [Toma las manos al Duque.]  
 pues por estas manos queda  
 tu honestidad defendida.—  
 (Vuelvese á hablar aparte á doña Ana.)  
 ¡Ay señora de mi vida!  
 blandas son como una seda,  
 y en llegando cerca, son  
 sus olores soberanos.  
 D<sup>a</sup> Ana. (Ap. á Celia.) ¡Buen olor y buenas  
 Clara está la informacion. (manos!  
 Disimulad.  
 Celia. (Ap.) El otro está  
 siempre cubierto y callado:  
 cogerélo descuidado,  
 pues la aurora alumbrá ya,  
 lo que basta á conocello.  
 (Va Celia por detras de todos á coger de cara á  
 don Juan.)  
 D<sup>a</sup> Ana. Amigos, puesto que así  
 os arriesgastes por mí  
 sin obligacion de hacello,  
 desta casa y de mi hacienda  
 os valed.  
 Duque. Los piés os beso;  
 mas yo no paso por eso;  
 que no es razon que se entienda  
 que fué sin obligacion  
 el serviros; pues de un modo  
 se la pone al mundo todo  
 vuestra rara perfeccion:  
 porque á quien os llega á ver  
 dáis gloria tan sin medida,  
 que aunque os pague con la vida,  
 os queda mucho á deber.  
 Celia. (A don Juan.) Y vos, ¿sois mudo, co-  
 ¿De qué estais triste? Volved, (chero?

alzá el rostro, aprended,  
 ánimo del compañero.  
 El que rió sin temer  
 ¿teme sin reñir agora?  
 Duque. En vano os cansais, señora;  
 que es mudo.  
 Celia. Bien puede ser.  
 [Ap.] Mas yo don Juan de Mendoza  
 pienso que es..... Él es: ¿qué dudo?  
 El triste se finge mudo  
 por no perder lo que goza  
 mientras encubierto está.  
 —¿Quién dirás, señora, que es  
 el callado? [Ap. á ella.]  
 D<sup>a</sup> Ana. Dilo pues.  
 Celia. ¿Quién piensas tú que será?  
 D<sup>a</sup> Ana. No lo sé.  
 Celia. ¿Quién puede ser  
 quien siendo gran caballero,  
 quisiese ser tu cochero  
 solo por poderte ver?  
 ¿Quién, el que con tal valor  
 en un lance tan estrecho,  
 pusiese á la espada el pecho  
 por asegurar tu honor?  
 ¿Quién, el que en penar se goza  
 por tu amor, y tu desden  
 sigue enamorado? ¿Quién  
 sino don Juan de Mendoza?  
 D<sup>a</sup> Ana. Bien dices: solo él haria  
 finezas tan estremadas.  
 Celia. Bien merecen ser premiadas.  
 D<sup>a</sup> Ana. Que no las pierde confia.  
 Duque. El sol sale: porque vos,  
 que sol al mundo habeis sido  
 en tanto que él ha dormido,  
 reposeis agora, adios.  
 Y así los cielos, que os dan  
 belleza, os dén larga vida,  
 que no os inquiete la herida  
 de don Mendo de Guzman.  
 (Vase retirando.)  
 D<sup>a</sup> Ana. Tras la ofensa que ha intentado,  
 no hay porque inquietarme pueda;  
 que ni aun la ceniza queda  
 en mí del amor pasado.  
 —Deten á don Juan, que quiero  
 hablalle. (Ap. á Celia.)  
 Celia. Á servirte voy.  
 D<sup>a</sup> Ana. Y mientras con él estoy,  
 entretén al compañero.

Celia. [A don Juan, que se retiraba, siguiend-  
 do al Duque.] Señor cochero fingido  
 mi dueño os llama: esperad.  
 D. Juan. Hum.....  
 Celia. No hay hum: volved y hablad.....  
 (Ap. á él.) que ya os hemos conocido.  
 D. Juan. ¡Eso debo á mi ventura!  
 [Vase Celia, hablando bajo con el Duque.]  
 ESCENA II.  
 DOÑA ANA Y DON JUAN.  
 D<sup>a</sup> Ana. ¿Qué es esto, don Juan?  
 D. Juan. Amor.  
 D<sup>a</sup> Ana. Locura, dirás mejor.  
 D. Juan. ¿Cuándo amor no fué locura?  
 D<sup>a</sup> Ana. Sí; mas los fines ignoro  
 destos disfraces que veo.  
 D. Juan. Así miro á quien deseo,  
 así sirvo á quien adoro.  
 D<sup>a</sup> Ana. No; traidoras intenciones  
 encubren estos disfraces.  
 D. Juan. Falsas conjeturas haces  
 por negar obligaciones.  
 D<sup>a</sup> Ana. El probarte lo que digo,  
 no es difícil.  
 D. Juan. Ya lo espero.  
 D<sup>a</sup> Ana. ¿Quién es ese caballero,  
 y á qué fin viene contigo?  
 Traer quien me diga amores,  
 y escuchallos escondido,  
 ¿podrás decir que no ha sido  
 con pensamientos traidores?  
 D. Juan. ¿Cuán lejos del blanco das,  
 pues si traidores los llamas,  
 la mayor fineza infamas  
 que ha hecho el amor jamas!  
 D<sup>a</sup> Ana. Dila pues; que agradecella,  
 si no á pagalla, me obligo.  
 D. Juan. Por obedecer la digo,  
 no por obligar con ella.  
 Como mi mucha aficion  
 y poco merecimiento  
 engendró en mi pensamiento  
 justa desesperacion,  
 vino amor á dar un medio  
 en desventura tan fiera,  
 que á mi mal consuelo fuera,  
 ya que no fuera remedio;  
 y fué que te alcance quien  
 te merezca: tu bien quiero;

que el efecto verdadero  
 es éste de querer bien.  
 Á este fin tus partes bellas  
 al duque Urbino conté,  
 si contar posible fué,  
 en el cielo las estrellas.  
 Él, de tu fama movido,  
 de tu recato obligado,  
 este disfraz ha ordenado,  
 con que te ha visto y oído.  
 Y, ¡ójala que conociendo  
 tu sugeto soberano,  
 dé con pretender tu mano  
 efecto á lo que pretendo;  
 que yo, con verte en estado  
 igual al merecimiento,  
 al fin quedaré contento,  
 ya que no quede pagado.  
 Esta ha sido mi intencion;  
 y si escuchaba escondido,  
 fué porque el ser conocido  
 no estorbaba la invencion.  
 Que juzgues agora quiero  
 si he merecido ó pecado,  
 pues de puro enamorado  
 vengo á servir de tercero.  
 D<sup>a</sup> Ana. Tu voluntad agradezco,  
 pero condeno tu engaño;  
 que presumes por mi daño  
 más de mí que yo merezco,  
 porque no es á la excelencia  
 del Duque igual mi valor;  
 que no engaña el propio amor  
 donde hay tanta diferencia.  
 Fué mi padre un caballero  
 ilustre; mas yo imagino  
 que pensara honrarle Urbino  
 si lo hiciera su escudero.  
 Y así á tan locos intentos  
 tus lisonjas no me incitan;  
 que afrentosos precipitan  
 los soberbios pensamientos.  
 D. Juan. Mucho, señora, te ofendes,  
 porque sin tu calidad,  
 digna es por sí tu beldad  
 de mas bien que en esto emprendes.  
 No te merece gozar  
 el Duque, ni el Rey, ni.....  
 D<sup>a</sup> Ana. Tenter:  
 la fiebre de amor ardiente  
 te obliga á desatinar.



Tu amoroso pensamiento  
encarece tu valor:  
¿dírasle al Duque tu amor,  
que yo le diera tu intento!

D. Juan. ¿Quién podrá quererte menos  
en viendo tu perfeccion?

D<sup>a</sup> Ana. Al fin, por tu corazon  
quieres juzgar los agenos:  
y es engaño conocido;  
que si el tuyo por mí muere,  
no con una flecha hiere  
todos los pechos Cupido;  
y aunque el Duque tenga amor,  
galan querrá ser, don Juan:  
y honra más que un rey galan,  
un marido Labrador.  
Y aunque en el Duque es forzosa  
la ventaja que le doy,  
grande para dama soy,  
si pequeña para esposa.

D. Juan. Nadie con tal pensamiento  
ofende tu calidad.

D<sup>a</sup> Ana. De mi consejo, dejad  
de terciar en ese intento;  
porque mayor esperanza  
puede al fin tener de mí  
quien pretende para sí,  
que quien para otro alcanza. (Vase.)

## ESCENA III.

DON JUAN; y despues, BELTRAN.

D. Juan. ¿Posible es que tal favor  
merecieron mis oídos?  
¡Dichosos males sufridos!  
¡Dulces victorias de amor!  
Que tendré mas esperanza,  
dijo, si bien lo entendí,  
quien pretende para sí,  
que quien para otro alcanza.  
Que la pretenda mi amor  
me aconseja claramente:  
y la mujer que consiente  
ser amada, hace favor. (Sale Beltran.)

Beltran. Mira que el Duque te espera,  
y no el padre de Faeton,  
que á publicar tu invencion  
apresura su carrera.

D. Juan. En cas de mi amada bella  
son los años puntos breves.

Beltran. En la taberna no bebes;

pero te huelgas en ella.

D. Juan. Bien lo entiendes.

Beltran. Alegría

vierten tus ojos, señor.

D. Juan. Hacen fiestas á un favor.

Beltran. Mucho alcanza la porfia.

## ESCENA IV.

CELIA.—DON JUAN Y BELTRAN.

D. Juan. Celia amiga, Dios te guarde.

Celia. Y te dé el bien que desees.

D. Juan. Como de mi parte seas,  
no hay ventura que no aguarde.Celia. Si en mi mano hubiera sido,  
tu dicha fuera la mia;  
mas, don Juan, sirve y porfia,  
que no va tu amor perdido.

(Vase don Juan.)

## ESCENA V.

CELIA Y BELTRAN; despues DOÑA ANA.

Beltran. Y á mí ¿me aprovecharia  
el servir como á mi amo?

Celia. Pues ¿amas tambien?

Beltran. Yo amo  
por solo hacer compañía.

(Sale doña Ana.)

D<sup>a</sup> Ana. (Ap.) Celia está con el criado  
de don Juan, y no sosiego  
hasta hablalle: ya está el fuego  
en mi pecho declarado.

Celia. [Ap. á Beltran.] Mi señora.

Beltran. Voyme.

D<sup>a</sup> Ana. Hidalgo,  
volved. ¿Quién sois?Beltran. Soy Beltran,  
un criado de don Juan  
de Mendoza.D<sup>a</sup> Ana. ¿Quereis algo?Beltran. Servirte solo quisiera.  
Aquí á Celia le decia  
que amo por compañía.D<sup>a</sup> Ana. No es conclusion verdadera.  
¿Satirizas?Beltran. No conviene;  
que eso puede solo hacer  
quien no tiene que perder,  
ó que le digan no tiene.  
Pero yo, ¿cómo querias  
que predique sin ser santo?

¿Qué faltas diré, si hay tanto  
que remediar en las mias?  
D<sup>a</sup> Ana. Tu gusto desacreditas  
con esa cuerda intencion,  
porque á la conversacion  
la mejor salsa le quitas.

Beltran. Si ella es salsa, es muy costosa,  
señora; que bien mirado,  
ni hay mas inútil pecado  
ni salsa mas peligrosa.  
Despues que uno ha dicho mal,  
¿saca de hacerlo algun bien?  
Los que le escuchan mas bien,  
esos lo quieren mas mal;  
que cada cual entre sí  
dice, oyendo al maldiciente:  
“Éste, cuando yo me ausente,  
lo mismo dirá de mí.”  
Pues si aquel de quien murmura  
lo sabe, que es cosa fácil,  
¿qué mesa tiene gustosa?  
¿qué cama tiene segura?  
Viciosos hay de mil modos  
que no aborrece la gente,  
y solo del maldiciente  
huyen con cuidado todos.  
Del malo mas pertinaz  
lastima la desventura;  
solamente al que murmura  
lleva el diablo en haz y en paz.  
En la corte hay un señor,  
que muchas veces oí,  
[Ap. esto encaja bien aquí  
para quitarle el amor],  
que está mal quisto de modo  
por vicioso en murmurar,  
que si lo vieran quemar  
diera leña el pueblo todo.  
¿No conoces á don Mendo  
de Guzman?

D<sup>a</sup> Ana. Beltran, detente.

El vicio del maldiciente  
has estado maldiciendo,  
y con tal desenvoltura  
de don Mendo has murmurado!

Beltran. Pienso que es esceptuado  
murmurar del que murmura.  
Dicen que el que hurta al ladron  
gana perdones, señora.

D<sup>a</sup> Ana. Dicen mal.—Véte en buena hora.

Beltran. Dá á mi ignorancia perdon,  
si acaso te he disgustado.  
(Ap.) Mal disimula quien ama. (Vase.)

## ESCENA VI.

DOÑA ANA Y CELIA.

Celia. [Ap.] Apagado se ha la llama;  
mas mucha brasa ha quedado.  
Pues su ofensa te ofendió,  
sin duda que en tu memoria  
ha borrado amor la historia  
que esta noche te pasó.

D<sup>a</sup> Ana. Celia, ten: cierra los labios,  
mira que mi honor ofendes,  
cuando de mi pecho entiendes  
que olvida así sus agravios.  
No los males he olvidado  
que ha dicho de mí don Mendo:  
la infame hazaña estoy viendo  
que hoy en el campo ha intentado,  
en que claramente veo,  
pues tan poco me estimaba,  
que engañoso procuraba  
solo cumplir su deseo:  
con que ya en mi pensamiento  
no solo el fuego apagué,  
pero cuanto el amor fué  
es el aborrecimiento.  
Mas esto no da licencia  
para que un bajo criado,  
de hombre tan calificado  
hable mal en mi presencia;  
que no por la enemistad  
que entre dos nobles empieza,  
pierden ellos la nobleza,  
ni el villano la humildad.  
Esto, Celia, me ha obligado  
á indignarme con Beltran;  
que no porque ya don Juan  
no esté solo en mi cuidado.

Celia. ¿Al fin su fé te ha vencido?

D<sup>a</sup> Ana. Con lo que anoche pasó,  
cuanto don Mendo bajó,  
él en mi rueda ha subido.

Celia. ¿Declarástele tu amor?

D<sup>a</sup> Ana. ¿Tan liviana me has hallado?  
¿No basta haberle mostrado  
resplandores de favor?

Celia. ¿Liviana dices, despues  
de dos años que por tí



ha andado fuera de sí!  
Bien parece que no ves  
lo que en las comedias hacen  
las infantas de Leon.

D<sup>a</sup> Ana. ¿Cómo?

Celia. Con tal condicion  
ó con tal desdicha nacen,  
que en viendo un hombre, al momento  
le ruegan, y mudan traje,  
y sirviéndole de paje,  
van con las piernas al viento.  
Pues tú, que obligada estás  
de tanto tiempo y fé tanta,  
(si bien señora, no infanta)  
honestamente podrás  
decirle tu voluntad  
con prevenciones discretas,  
sin temer que á los poetas  
les parezca impropiedad.

D<sup>a</sup> Ana. Poco á poco ¿no es mejor?

Celia. ¿Tú quiéreslo?

D<sup>a</sup> Ana. Celia, sí.

Celia. ¿Sabes que él muere por tí?

D<sup>a</sup> Ana. Bien cierta estoy de su amor.

Celia. Pues cuando de esa verdad  
hay certidumbre, yo hallo  
más crueldad en dilatallo  
que en decirlo liviandad;  
que el tiempo sirve de dar  
del amor informacion,  
y es necia la dilacion  
si no queda que probar.

D<sup>a</sup> Ana. El sujetarme es forzoso,  
Celia, á tu agudeza estraña.

Celia. Es verdad que es poca hazaña  
persuadir á un deseoso. (Vanse.)

Sala en casa de don Mendo, en Madrid.

ESCENA VII.

DON MENDO, *vendado y sin espada*, y EL CONDE.

D. Mend. Mis cocheros me han vendido,  
dijo mi enemiga apenas,  
cuando en espadas y dagas  
truecan azotes y riendas;  
y como animosos mudos,  
indicio de su fiereza  
(que dá el valor á los pechos  
lo que les quita á las lenguas),  
embistieron dos á dos  
con tal ímpetu y violencia,

que pensé, viendo el exceso  
de su valor y sus fuerzas  
que trasformado en cochero  
Jove por mi ingrata bella,  
vibraba rayos ardientes  
para vengar sus ofensas;  
porque sus valientes golpes  
eran tantos, que no suenan  
en la fragua de Vulcano  
los martillos tan aprieta.  
Al fin, primo (que á vos solo  
puedo confesar mi afrenta),  
la espada de un hombre humilde  
pudo herirme en la cabeza;  
y tanta sangre corria,  
con ser la herida pequeña,  
que cegándome los ojos  
puso fin á la pendencia.  
Volví á curarme á Alcalá,  
que estaba un cuarto de legua,  
más con rabia de la causa,  
que del efecto con pena.  
Esto ha podido en doña Ana  
una mal fundada queja,  
y este es el premio que traigo  
de celebrarla en las fiestas.

Conde. ¡Hay suceso mas estraño!

¿Y habeis sabido quién eran  
cocheros tan valerosos?

D. Mend. Como se va con cautela  
procurando, por mi honor,  
que el suceso no se sepa,  
no es averiguarlo fácil;  
mas yo tengo una sospecha,  
que siempre estas viudas mozas,  
hipócritas y santeras,  
tienen galanes humildes  
para que nadie lo entienda.  
Tal valor en un cochero  
los celos no mas lo engendran;  
que nunca así por leales  
los hombres bajos se arriesgan.  
Esto se viene rodado;  
que si no, no lo dijera;  
que ya sabeis que no suelo  
meterme en vidas ajenas.

Conde. (Ap.) ¡Así tengas la salud!

No vengo en esa sospecha.  
El enojo os precipita  
contra tan honradas prendas;

y no es justo hablar así  
de quien puede ser que sea  
vuestra esposa.

D. Mend. Ya he perdido  
la esperanza y la paciencia.

Conde. ¿Tan presto?

D. Mend. Volverme quiero  
á mi constante Lucrecia.

Conde. (Ap.) ¡Malas nuevas te dé Dios!  
Indicios dais de flaqueza.

Si doña Ana está engañada  
procurad satisfacerla.

D. Mend. Niega á mi voz los oídos.

Conde. Entrad y hablada por fuerza;  
porque quien el dueño ha sido,  
siempre tiene esa licencia.  
Mientras no se satisfice  
de que es la mudanza cierta,  
quizá enojada os castiga,  
y no os despide resuelta.  
O decid vuestras disculpas  
en un papel.

D. Mend. Yo lo hiciera  
si hubiera de recibillo.

Conde. Yo me obligo á que lo lea.

D. Mend. ¿Cómo?

Conde. Dádmele, que yo  
lo pondré en sus manos mesmas.

D. Mend. Al punto voy á escribir. [Vase.]

ESCENA VIII.

EL CONDE.

Y yo á pedir á Lucrecia  
que me cumpla su palabra,  
pues ha visto sus ofensas;  
que pues con doña Ana vino  
de Alcalá en un coche, es fuerza  
que viera lo que ha contado,  
y su desengaño viera:  
y este papel ha de ver,  
para que negar no pueda;  
que modo habrá de escusarme  
cuando don Mendo lo sepa.  
Y consiga yo mi intento,  
suceda lo que suceda;  
que no mira inconvenientes  
el que ciega amor de veras. (Vase.)

Sala en casa del Duque, en Madrid.

ESCENA IX.

DON JUAN Y BELTRAN.

Beltran. ¿Qué llegó el tiempo?

D. Juan. Llegó  
el fin de las ansias mias.

Beltran. ¡Gracias á Dios, que en mis dias  
un milagro sucedió!

¿Qué á doña Ana le das pena?

¿Qué olvida al Guzman Narciso?

Este es el tiempo que quiso

ver el marqués de Villena.

Es verdad que de cada año

lo mismo decir he oido;

pero viene aquí nacido

con suceso tan estraño.

¿Qué te quiere bien?

D. Juan. Sin duda:

ya lo dijo claramente,

y un ángel, Beltran, no miente.

Beltran. Todo en efeto se muda,  
pues algun tiempo, averiguo  
que fué ya la calva hermosa.

Jamas el tiempo reposa;

¿no dice un romance antiguo:

“Por mayo era, por mayo,

cuando los grandes calores,

cuando los enamorados

á sus damas llevan flores?”

Pues ves aquí se ha pasado

á setiembre ya el calor.

Pero sospecho, señor,

que tú tambien te has mudado.

¿De qué tal melancolia

te ha cargado en un instante?

Tahur parece el amante

pues no dura su alegría.

Pero advierte que es flaqueza.....

D. Juan. Déjame con mi aficcion.

Beltran. ¿Ello importa á la invencion,  
señor? Pues va de tristeza.

D. Juan. Beltran, la mudanza mia

en mudarse todo está;

que tambien se mudará

la causa de mi alegría.

Que adora así su beldad

el duque Urbino, que creo

que por lograr su deseo,

perderá la libertad.

Beltran. ¿Que se case temes?

D. Juan. Sí.